

## **25 AÑOS DE PRESENCIA EN CHIMBOTE UNA LLAMADA QUE SIGUE INTERPELÁNDONOS**

En el Tercer Domingo de Pascua, un año más, y en esta ocasión por vigesimoquinta vez, la Jornada del Misionero diocesano nos convoca y nos empuja a ensanchar nuestros horizontes donde existen lugares del mundo, en los que el Evangelio todavía no ha sido proclamado o necesita un anuncio hondamente sentido. Deber nuestro es anunciarlo y contribuir a que se haga realidad dicho anuncio y su vivencia.

Recordamos, de manera especial en esta fecha, a los hombres y mujeres de nuestra tierra que, abandonando su familia, su cultura y su entorno, se encuentran esparcidos por los cinco continentes, anunciando a Jesucristo. Son sacerdotes, religiosos y también laicos que sintieron la llamada de Dios a dejarlo todo y a ser testigos entre los más pobres. Responsabilidad de la Iglesia-madre sigue siendo apoyar su compromiso, tanto con la oración como con el aliento y la generosidad.

Tenemos este año un motivo especial para hacerlo. Celebramos el 25 aniversario de nuestra presencia en Chimbote (Perú). Es momento propicio para dar gracias a Dios porque aprendimos entonces a llamar “hermana” a una Diócesis distante y distinta de la nuestra. Y también por el espléndido trabajo que vienen realizando los sacerdotes y laicos que han trabajado y trabajan allí. Son muchas las obras que se han promovido en estos años: desde la catequesis y demás actividades parroquiales hasta un asilo, la posta médica y la erección de una Universidad. Todos y cada uno de estos proyectos han contado desde el principio con el apoyo de todos vosotros. Quiero decir con ello que unidos de veras, en el intento y en las soluciones adecuadas, hemos de seguir por este camino.

“Nos siguen llamando”, es el lema que nos convoca a la Jornada del Misionero Diocesano. De ahí que oigamos también hoy la llamada que desde Chimbote nos hacen muchos hermanos y hermanas necesitados. Sentimos igualmente la invitación que, desde otra Diócesis particularmente querida, Carabayllo (Perú), nos hacen llegar otros grupos y comunidades. Llamada que resuena y se repite en los misioneros y misioneras de nuestra Diócesis. Personas, proyectos y esperanzas penden, en buena medida, de nuestra generosidad.

Pero, es sobre todo, Dios quien sigue golpeando a nuestra puerta. Él es quien invita constantemente a su Iglesia a anunciar a Jesucristo, como Buena Noticia. La Iglesia existe para evangelizar, cada comunidad cristiana encuentra su sentido y razón de ser en el anuncio de Jesucristo. Evangelizar, por supuesto, allí donde está implantada la Iglesia, pero también en otros lugares - perdonad la insistencia- que esperan primeros auxilios. Una Iglesia local, una Diócesis, que se cierre en sí misma, se empobrece enormemente. Nuestros

misioneros y misioneras esparcidos por todo el mundo se encargan de llevar a cabo la tarea, y de recordarnos en cada momento que, como dice el Directorio General de la Catequesis, “la fe y la conversión brotan del corazón, es decir, de lo más profundo de la persona humana, afectándola por entero. Al encontrar a Jesucristo, y al adherirse a él, el ser humano ve colmadas sus aspiraciones más hondas: encuentra lo que siempre buscó y además de manera sobreabundante” (55).

Por esta razón, envueltos como estamos por tantos interrogantes de nuestra vida, como son el hombre mismo, su papel en la vida y el destino que le espera, hemos de procurar que la buena noticia de salvación y de vida llegue a todos los hermanos.

El contexto cultural de nuestro momento exige, más que nunca, en frase de Juan Pablo II, “anunciar con valentía las verdades que salvan al ser humano y realizan un impulso evangelizador renovado” (6.2.2004). “La Iglesia no está cerrada en sí misma, explica Benedicto XVI, no vive para sí misma, sino que es un punto luminoso para los hombres” (25.4.2006).

En la Jornada del Misionero Diocesano oramos especialmente por estos avanzados de la Iglesia, que son los misioneros. Los tenemos presentes ante el Altar, y lo haremos con frecuencia a lo largo del año. Aportaremos nuestra ayuda económica a la Fundación “Misión y Promoción”, establecida con esta finalidad en nuestra Diócesis. Allí se encargan de hacer llegar con prontitud y fidelidad nuestros donativos a los proyectos evangelizadores presentados por los misioneros y misioneras de la Diócesis. La ocasión me es propicia para agradecer a esta institución tan benemérita los buenos oficios que viene realizando desde que echó a andar.

Estamos a dos pasos del mes de mayo. En manos de la buena Madre ponemos a cada uno de nuestros misioneros y nos ponemos nosotros, una vez más, como hijos suyos. Que siga velando por todos. Y que nuestra vida de familia, también la vida diocesana, siga alimentándose de la oración, “de una oración intensa y continua, por ser Dios el manantial de nuestra unidad”.

Sinceramente y con todo afecto,

+ Rafael Palmero Ramos

Pascua de Resurrección, 2006